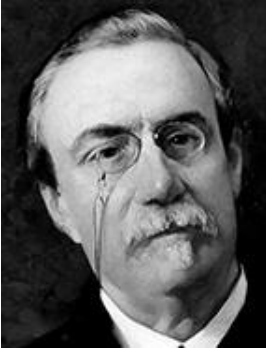


DICIONÁRIO DE HISTORIADORES PORTUGUESES

DA ACADEMIA REAL DAS CIÊNCIAS AO FINAL DO ESTADO NOVO

<http://dichp.bnportugal.pt/>



Cánovas del Castillo, Antonio (Málaga, 1828 – Santa Águeda – Guipúzcoa, 1897)

Antonio Cánovas del Castillo creció en una familia pequeñoburguesa de tradición ilustrada. Su padre era un maestro de enseñanza primaria y su madre, la prima de Serafín Estébanez Calderón –uno de los escritores más influyentes del romanticismo español-. Se inició en la docencia en 1843 en la Junta de Comercio de Málaga y en 1845 se trasladó a Madrid para estudiar Derecho. Pudo costearse los estudios trabajando en la secretaría de la empresa del ferrocarril Madrid-Aranjuez, propiedad de José Salamanca, puesto que consiguió por mediación de su tío Serafín. En 1852 comenzó a tener popularidad en los círculos de la capital por su trabajo en el Colegio de Abogados y la publicación de la novela histórica *La Campana de Huesca*, ambientada en la Corona de Aragón en el siglo XII. En ella hay una clara influencia del modelo narrativo de Walter Scott y una vindicación de las monarquías y los Estados fuertes. En aquella época entró en política como secretario de Leopoldo O'Donnell, que en 1854 lideró el pronunciamiento militar de “La Vicalvarada”. Cánovas del Castillo se trasladó entonces a Roma como director de la Agencia de Preces y quedó impresionado por la historia de Italia y de su pasado compartido con España, interés que dio como resultado el discurso de ingreso en la Academia de la Historia dedicado a la dominación española en Italia –respondido por su tío Estébanez Calderón-.

Tras la caída de los gobiernos progresistas, en 1859 O'Donnell se hizo con la presidencia del gobierno con un programa de regeneración nacional basado en el colonialismo y la creación de un partido fuerte, la Unión Liberal, que superase las disputas entre progresistas y moderados. Cánovas ocupó el cargo de subsecretario del Ministro de Gobernación y Gobernador Civil de Cádiz. En 1864 fue nombrado Ministro de Gobernación y en 1866, Ministro de Ultramar e interino en la cartera de Hacienda. Durante toda su carrera compaginó su actividad política con la investigación historiográfica y el asociacionismo cultural. Durante el Sexenio Democrático perfiló una alternativa monárquica en torno al hijo de la reina destronada: Alfonso, siguiendo el modelo del autoritarismo bismarckiano alemán y del turnismo parlamentario británico. Alfonso XII fue proclamado rey por un pronunciamiento militar en diciembre de 1874. Cánovas asumió el nuevo gobierno dentro del sistema político que había ideado y que recibió el sobrenombre de “canovista”. En su primer mandato, hasta 1878, consolidó el nuevo régimen con la victoria en las guerras carlistas y los acuerdos de



DICIONÁRIO DE HISTORIADORES PORTUGUESES

DA ACADEMIA REAL DAS CIÊNCIAS AO FINAL DO ESTADO NOVO

<http://dichp.bnportugal.pt/>

paz en Cuba. Refrendó el sistema con la Constitución de 1876, de tendencias moderadas: sufragio censitario, restricción de la libertad de imprenta o cátedra, confesionalidad del Estado, y presentada como una vuelta al orden tras el Sexenio. El partido conservador dirigido por Cánovas y el progresista de Sagasta se alternaron pacíficamente en el poder a través de unos procesos electivos marcados por la influencia de los caciques locales y la manipulación de resultados. Cánovas presidió el Consejo de Ministros en 1875-1879, 1879-1881, 1884-1885, 1890-1892 y 1895-1897. El 8 de agosto de 1897, fue asesinado en el balneario de Santa Águeda (Guipúzcoa) por el anarquista italiano Angiolillo. No dejó descendencia. Su tumba se encuentra en un mausoleo dentro del Panteón de Hombres Ilustres de la Basílica de Atocha, en Madrid.

Su omnipresencia política en la España de la segunda mitad del siglo XIX fue paralela a su reconocimiento como profesional del conocimiento histórico y como referente intelectual de la interpretación de las causas de la decadencia española. Desde 1860 fue miembro de la Real Academia de la Historia, cuya dirección compaginó con la presidencia del gobierno y el liderazgo de la oposición, constatándose una clara interrelación de poderes, mensajes y prácticas entre las élites políticas y la interpretación nacionalista e institucional de la historia, materializada en el proyecto de elaboración de una historia oficial rankeana – “verdadera” y “científica”- escrita por miembros de la Academia entre 1890 y 1894 bajo la coordinación de Cánovas del Castillo. El proyecto quedó inconcluso y no se llegaron a publicar los números previstos.

El político historiador recibió todo tipo de honores y distinciones, dentro y fuera de su país. Fue miembro de la Real Academia Española (1867), Real Academia de Ciencias Morales y Políticas (1881), Real Academia de Bellas Artes de San Fernando (1882) y Real Academia de Jurisprudencia y Legislación (1882). Presidió varias instituciones culturales y científicas, como la Real Sociedad Geográfica y el Ateneo de Madrid -1870-1874, 1882-1884 y 1888-1897-, espacios de socialización y de ideologización de las élites del país en torno a los principios políticos de la Restauración y a una lectura conservadora, monárquica y católica de la historia de España. Su trabajo en estas instituciones destacó por poner el conocimiento histórico al servicio de la causa política, institucionalizando un método y una interpretación de la historia concebida como “oficial.” Un objetivo referencial era establecer un relato de continuidad histórica entre el presente y el Antiguo Régimen y la Casa de Austria y, por lo tanto, el Imperio, negando las teorías rupturistas de la historiografía liberal. Cánovas no fue estrictamente un historiador profesional, pero controló los cauces académicos desde el gobierno y la interpretación hegemónica del pasado desde su posición en el Ateneo o en la Academia de la Historia.

Para Cánovas el pasado era un campo de exploración de sus planteamientos políticos y un espacio en el que constatar las fuerzas de la Providencia en la construcción del recorrido narrativo de la nación. La Historia se ponía al servicio del uso político y nacionalista. Es por ello que a lo largo de toda su obra historiográfica hay una tentativa general por rescatar el papel benefactor de la monarquía y de la religión en el pasado nacional. La Historia era una maestra de vida y el pasado, una fuente de ejemplos en el que consolidar el modelo presente. Su estilo es narrativo y oratorio. Todas estas precisiones metodológicas las desarrolló en el



DICIONÁRIO DE HISTORIADORES PORTUGUESES

DA ACADEMIA REAL DAS CIÊNCIAS AO FINAL DO ESTADO NOVO

<http://dichp.bnportugal.pt/>

discurso de contestación a la entrada de Godoy Alcántara en la Academia de la Historia titulado “De la mejor manera de escribir la Historia”, pronunciado en 1870. En él defendía el historicismo y las aplicaciones políticas de la Historia “científica” para el proyecto de nacionalización-regeneración. La función ideológica iba acompañada del enjuiciamiento de hechos y personajes. Había que buscar los errores en el pasado para no repetirlos en el presente-futuro. El historiador sería como los “poetas primitivos”, mezcla de “sacerdocio y magisterio”.

En el caso de Cánovas se hace bien palpable que el modelo político no puede entenderse sin la tentativa de institucionalizar el conocimiento histórico, específicamente aquel que exploraba las causas de la decadencia de España y los mecanismos para su regeneración, que pasaban por repensar el pasado nacional y proyectarlo hacia su dimensión imperial. En este ámbito fueron referentes las obras de Cánovas dedicadas al siglo XVII o las conmemoraciones del IV Centenario del Descubrimiento de América, cuya comisión presidió. No es casual que el leitmotiv de su obra fuera la decadencia, que no sólo atribuía a España sino al resto de pueblos “latinos” por la oscilación de la hegemonía hacia el norte de Europa. Ésta podía estar provocada por determinadas decisiones individuales, pero se trataba de un proceso civilizacional resultado de los flujos históricos y de la desnacionalización del espíritu colectivo. En esta noción de decadencia habría afectado en menor medida a Portugal porque desde 1640 había conservado una fuerte pulsión nacional.

Su primera monografía, Historia de la decadencia de España, publicada en 1854, estuvo influenciada por las lecturas liberales y románticas y por la literatura del pesimismo. Pretendía ser una continuación y actualización de la Historia de España del padre Mariana y que fuera un “libro español y para España.” La responsabilidad de la decadencia nacional, recaía en los Felipes, en el conde-duque de Olivares, en la corrupción e inmoralidad de la corte, en el despilfarro de las riquezas llegadas de América y en la Inquisición y la intransigencia religiosa que había expulsado a los moriscos, acontecimiento que enjuicia de manera negativa. La sintomatología correspondía con otras historias liberales, como la de Modesto Lafuente, si bien Cánovas planteaba un proyecto regeneracionista providencialista de “nueva cruzada” o “misión divina” proyectada sobre todo hacia la reconfiguración de un nuevo imperio colonial. Planteamientos que, cuando Cánovas ocupó cargos de responsabilidad política, pasaron a un segundo plano. Entendió la decadencia dentro de un modelo cíclico, como el del Imperio Romano: orígenes, esplendor y decadencia. La responsabilidad de las individualidades se diluía ante un proceso colectivo de declive del “espíritu” nacional.

En 1869, opositor al proceso revolucionario abierto en España, publicó Bosquejo Histórico de la casa de Austria. La obra pretendía reinterpretar la decadencia desde una óptica conservadora y monárquica, “rectificando por completo los errores e injusticias” de su obra precedente. Cánovas entendía la Historia como el juicio a los agentes y acontecimientos del pasado, por ello siempre aparecen en sus páginas héroes y villanos. Así mismo, se observa el impulso de la Providencia marcando el devenir de los acontecimientos. En el Bosquejo, los monarcas y sus validos salen bien parados, así como el Imperio y la Inquisición, refutando las hipótesis liberales. Se trata de una metamorfosis interpretativa de su obra de juventud y de la pretensión



DICIONÁRIO DE HISTORIADORES PORTUGUESES

DA ACADEMIA REAL DAS CIÊNCIAS AO FINAL DO ESTADO NOVO

<http://dichp.bnportugal.pt/>

de asentar un relato historiográfico acorde con soluciones monárquicas y de orden. El giro ideológico es constatable en el análisis crítico a los comuneros, que presenta como defensores de un pasado medieval de privilegios enfrentados a la racionalidad y modernidad que representaba la casa de Habsburgo, la hacedora del primer y mayor imperio español. En la sucesión de etapas de grandeza y declive, situaba el período de los Austrias en la primera mientras que el medievo, por la falta de unidad religiosa, monárquica y nacional, en la segunda. Nuevamente en este punto contrarrestaba los lugares comunes planteados por la historiografía liberal. Hay una clara analogía entre su papel en la Restauración como hombre de Estado y el del conde-duque, así como con el contexto de 1640. La autoridad, el imperio o las soluciones militares se planteaban como necesarios para unas lecturas del pasado que tienen evidentes alusiones al Sexenio Revolucionario. La propia restauración “canovista”, siguiendo este esquema historicista, se autorrepresentó como la rectificación de la dirección hacia un sendero eminentemente nacional. En relación a las causas de la sublevación catalana de 1640 y de la secesión de Portugal, Cánovas señalaba la responsabilidad directa en las conspiraciones del cardenal Richelieu, que alentó la sublevación en Cataluña para dividir los esfuerzos de las tropas castellanas.

Su última monografía, Estudios del reinado de Felipe IV, de 1888, se presentó como una nueva refutación de su interpretación de juventud de la decadencia nacional, “incompletísima” y “errada”, escrita desde el Gobierno. La obra contaba con tres capítulos autónomos, de los cuales sólo era estrictamente original el primero “Textos y reflexiones acerca de la separación de Portugal”, en el que intentaba explicar los acontecimientos que llevaron a la fractura del territorio “español” en dos Estados. Parte de la historiografía ha leído este capítulo como un “espejo de príncipes” en el que el Portugal del pasado sería la Cataluña de su tiempo. En este sentido, propuso soluciones centralistas, homogeneizadoras y de fortalecimiento del Estado que evitaran la desmembración nacional.

La deriva ideológica culminó con una nueva interpretación en la que Olivares es presentado como un gran estadista al tratar de unificar administrativamente España. Más que una historia de la decadencia, Cánovas firmó una historia de la grandeza de España. Fue el único de sus libros que contaba con aparato crítico y notas al pie, sacado principalmente del Archivo de Simancas. Establecía evidentes analogías entre su papel en la Restauración y la figura del valido – hombre de Estado. La Historia tendría una línea que conectaba con el presente y la función del historiador era reconocer su dirección, más necesario, si cabe, según él en el panorama español, en el que las interpretaciones preeminentes provenían del extranjero o bien del liberalismo antinacional. En esta obra, la responsabilidad de la decadencia y de la secesión portuguesa recayó en Felipe II, por “blandura.” Lejos de las lecturas liberales más críticas que identificaban al monarca con la tiranía, su error, al contrario, fue no haber impuesto por la fuerza, tras la conquista de Portugal por las tropas del duque de Alba, la unidad administrativa, y por haber permitido que Portugal continuase con sus fueros y que en su territorio actuasen conspiradores, como la familia Braganza. El problema estaba en la falta de unidad administrativa de la corona de los Austrias, que intentaría solventar infructuosamente el conde-duque de



DICIONÁRIO DE HISTORIADORES PORTUGUESES

DA ACADEMIA REAL DAS CIÊNCIAS AO FINAL DO ESTADO NOVO

<http://dichp.bnportugal.pt/>

Olivares. Éste sería el mérito de los borbones: haber dado una unidad administrativa a la nación, interpretación de Cánovas que tendría continuidad en su discípulo Maldonado Macanaz, autor de la obra sobre Felipe V de la colección de Historia de la Academia.

El análisis de este período nos conduce irremediamente a la idea en torno a la Historia y la nación portuguesa. En su obra historiográfica, era un pedazo del territorio nacional desgajado por circunstancias históricas, pero sujeto al proyecto nacional peninsular por su “hermandad” con España. Su independencia fue una “desdicha nacional”. La regeneración pasaba, en primer lugar, por recuperar la unidad con Portugal y Gibraltar para extender luego el nuevo imperio civilizacional hacia el norte de África. Su discurso en torno al iberismo bebía más de la nostalgia imperial que de las expectativas progresistas. En este sentido, no compartía la interpretación transversal en la historiografía portuguesa de la independencia motivada por la gestión tiránica de los Felipes. Por el contrario, consideraba que Felipe II respetó los fueros y libertades de Portugal –“moderado en su triunfo”, prefirió “ser amado que temido”- y que esa actitud había motivado la organización de la contraofensiva por parte de la nobleza lusa. Las tentativas de Olivares de centralizar y castellanizar los reinos que conformaban la corona durante el reinado de Felipe IV llegaron en un período de decadencia nacional en el que ni el pueblo ni su ejército tenían capacidad para imponerlos. La semilla de la independencia portuguesa se plantó el mismo día que Felipe II no impuso una unidad de reinos efectiva y permitió la pervivencia de particularismos o “regionalismos”. El análisis de Portugal tenía evidentes concomitancias con la situación en Cataluña a finales del Ochocientos.

Como ocurre con la evolución ideológica y de su interpretación de la decadencia, la posición de Portugal también va cambiando desde su Historia de la decadencia de 1854, en la que reconoce ciertos tópicos asentados en la historiografía liberal peninsular –hegemónicos entonces- en torno a la “soberbia” castellana o la tiranía de los Felipes y del conde-duque, hasta concluir en 1888 en Estudios sobre el reinado de Felipe IV, donde responsabiliza a Richelieu y también a la política demasiado “blanda” de los Felipes respecto a Portugal. En el segundo capítulo analizó la dimensión internacional de los conflictos de 1640: “Antecedentes del rompimiento con España y alianzas de Inglaterra con Francia y Portugal durante el reinado de Felipe IV.”

Sin embargo, hay elementos que comparte con las expectativas iberistas, como el determinismo geográfico peninsular que implicaría la existencia en el territorio homogéneo, la península, de una única nación; la separación peninsular como una de las causas de la decadencia y la consideración de Portugal como “provincia”. Así mismo, consideraba que la secesión portuguesa fue obra de sus líderes, no así del pueblo, pero significativamente de los rivales del imperio español: Holanda, Francia e Inglaterra. Portugal habría pagado un precio muy caro por su independencia al tener que subordinarse a Inglaterra. Sería desde entonces un trozo desgajado de España de manera antinatural. Ambos países compartían cultura, historia, raza y geografía, elementos que invalidaban la escisión. Y ponía como ejemplo a Camões, con parte de su producción literaria en castellano. Con este argumento, Cánovas desarrolló la que consideraba principal causa de la decadencia española: los particularismos que ponían en riesgo la unidad de la nación española.



DICIONÁRIO DE HISTORIADORES PORTUGUESES

DA ACADEMIA REAL DAS CIÊNCIAS AO FINAL DO ESTADO NOVO

<http://dichp.bnportugal.pt/>

Otro de los temas centrales en su obra fue la idea de nación. El 7 de noviembre de 1882 pronunció una conferencia en el Ateneo de Madrid en respuesta a las tesis voluntaristas de Ernest Renan. Para Cánovas, la nación no surgía de un proceso electivo, sino que tenía una dimensión esencial y providencial, existía al margen de cualquier voluntad. Se trataba de una nación antehistórica, “de naturaleza indisoluble” y fruto de la “obra de Dios” –lo cual era una crítica a los regionalismos y autonomismos que estaban proliferando en la España de finales del Ochocientos-, pero al mismo tiempo trenzada por el historicismo que la conformaban como unidad cultural, civilizacional o racial.

Cánovas también publicó numerosos trabajos siguiendo patrones historiográficos similares en diversas publicaciones periódicas y en discursos de contestación a la entrada de nuevos miembros en la Academia sobre temas tan diversos como el dominio de los españoles en Italia en tiempo de los Austrias, la historia de Marruecos –en pleno proceso colonial-, el descubrimiento y conquista de América, “los antiguos y modernos vascongados”, Juan Sebastián Elcano o sobre el reino de Aragón durante la Edad Media.

Sus inspiraciones historiográficas bebían del tradicionalismo de Burke, Maistre, Bonald, Balmes o Donoso Cortés; del parlamentarismo británico y de la actividad de políticos-historiadores como Guizot, Thiers o Quinet y los españoles Alcalá Galiano, el Conde de Toreno, Martínez de la Rosa o Modesto Lafuente. La religión tenía una función relevante en la nación española –tal y como defendió en 1872 en su discurso “El problema religioso y su relación con el político” pronunciado en el Ateneo de Madrid-, al igual que la monarquía, ya que actuaban como argamasa de la comunidad nacional. En este punto compartía la veta nacionalcatólica con otros coetáneos como Menéndez Pelayo, el integrista Nocedal o el regeneracionista Maura. Cánovas abordaba la Historia como el tiempo determinado por las acciones de los grandes hombres, de lo que se desprende el temor hacia el pueblo o las masas que marcaría igualmente su impronta ideológica. Si bien no participaba de la escatología del progreso, sí establecía rangos de civilización positivistas en los que el centralismo y la unidad nacional se situarían en estadios superiores, así como la corona. Al reivindicarse como Historia objetiva y verdadera, además de ligar el Estado a determinada interpretación del pasado, trataba de construir un relato histórico nacionalista que superase las disputas del liberalismo de las décadas precedentes. Se trataba de una narrativa del pasado al servicio del Estado y con una función moralista y presentista, *magister vitae* por encima de otras formas menores de comprensión, como la prensa o las novelas.

En definitiva, la obra de Cánovas del Castillo representa en España la figura del hombre de Estado-historiador que concibe la acción del gobierno en paralelo a la gestión del relato histórico de la nación. Esto no sólo era posible a partir de la publicación de monografías históricas, sino también desde la participación en el espacio público intelectual, la presidencia de asociaciones o la pertenencia a la Academia de la Historia, que reivindicaba la oficialidad del relato nacional. Además de idear un sistema político que se prolongó durante medio siglo, consolidó una lectura centralista y monárquica de la historia de España estableciendo las bases del conservadurismo y del legitimismo monárquico de las décadas posteriores. Su principal aportación



DICIONÁRIO DE HISTORIADORES PORTUGUESES

DA ACADEMIA REAL DAS CIÊNCIAS AO FINAL DO ESTADO NOVO

<http://dichp.bnportugal.pt/>

historiográfica fue la institucionalización de una narrativa historiográfica monárquica y nacionalcatólica y la relectura del pasado imperial, la decadencia y la regeneración, temas que han marcado los debates historiográficos y políticos hasta nuestros días. En relación a Portugal, sostuvo que la sublevación de 1640 fue la manifestación política de la decadencia peninsular al resquebrajarse su unidad providencial.

Bibliografía activa: La Campana de Huesca. Crónica del siglo XII (novela histórica), Madrid, Imp. de C. González, 1852; Historia de la decadencia de España, desde el advenimiento al trono de Felipe II hasta la muerte de Carlos II, Madrid, Lib. Gutenberg de José Ruiz, 1910 [1854]; La dominación de los españoles en Italia, Madrid, Rivadeneyra, 1860; Apuntes para la historia de Marruecos, Madrid, Imp. de La América, 1860; Estudios literarios, 2 vols., Madrid, Imp. de la Biblioteca Universal Económica, 1868; Bosquejo histórico de la casa de Austria en España, Madrid, Imp. de la Biblioteca Universal Económica, 1869; De la Escarapela Roja y las banderas y divisas usadas en España, Madrid, Fortanet, 1871; El Solitario y su tiempo. Biografía de D. Serafín Estébanez Calderón y crítica de sus obras, Madrid, Imp. de A. Pérez Dubrull, 1883; Problemas contemporáneos, 3 vols., Madrid, Imp. de A. Pérez Dubrull, 1884-1890; Estudios del reinado de Felipe IV, 2 vols., Madrid, Imp. de A. Pérez Dubrull, 1888; Obras Completas, Madrid, Fundación Cánovas del Castillo, 1997, 13 vols.

Bibliografía pasiva: ÁLVAREZ JUNCO, José (dir.), Las historias de España. Visiones del pasado y construcción de identidad, Vol. 12, Madrid, Crítica – Marcial Pons, pp. 263-300; CASTRO ALFÍN, Demetrio, “Cánovas del Castillo. Historia y política hermanadas”, CÁNOVAS DEL CASTILLO, Antonio, Bosquejo histórico de la casa de Austria en España, Pamplona, Urgoiti, 2004, pp. I-XCII; COMELLAS, José Luis, Cánovas del Catillo, Barcelona, Ariel, 1997; DARDÉ, Carlos, “Nación y Estado en el Partido Conservador”, MORALES MOYA, Antonio, FUSI, Juan Pablo, BLAS GUERRERO, Andrés de (dirs.), Historia de la nación y del nacionalismo español, Barcelona, Círculo de Lectores / Galaxia Gutenberg, 2013, pp. 493-501; DE BLAS, Andrés, “Prólogo”, CÁNOVAS DEL CASTILLO, Antonio, Discurso sobre la nación, Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 11-47; GÓMEZ-FERRER MORANT, Guadalupe, “Cánovas: sobre la utilización pragmática de la Historia por un hombre de Estado”, BULLÓN DE MENDOZA, Alfonso y TOGORES, Luis E. (coords.), Cánovas y su época, vol. I, Madrid, Veintiuno, 1999, pp. 445-478; GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro Carlos, “El pensamiento político de Antonio Cánovas del Castillo”, TUSELL, Javier y PORTERO, Florentino, Antonio Cánovas y el sistema político de la Restauración, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998, pp. 45-88; GONZÁLEZ MARTÍN, Francisco Javier, “Cánovas: la historia como método de análisis político”, BULLÓN DE MENDOZA, Alfonso y TOGORES, Luis E. (coords.), Cánovas y su época, vol. I., Madrid, Veintiuno, 1999, pp. 291-328; JOVER ZAMORA, José María, “El pensamiento canovista y los manuales escolares de Historia en la época de la Restauración”, Cánovas del Castillo y su tiempo, Madrid, Real Academia de la Historia / Fundación Ramón Areces, 1997, pp. 87-130; LÓPEZ-VELA, Roberto, “De Numancia a Zaragoza. La construcción del pasado



DICIONÁRIO DE HISTORIADORES PORTUGUESES

DA ACADEMIA REAL DAS CIÊNCIAS AO FINAL DO ESTADO NOVO

<http://dichp.bnportugal.pt/>

nacional en las historias de España del ochocientos”, GARCÍA CÁRCEL, Ricardo (coord.), La construcción de las historias de España, Madrid, Marcial Pons, 2004, pp. 195-298; PEIRÓ, Ignacio, Los guardianes de la historia. La historiografía académica de la Restauración, Zaragoza, IFC, 2006, pp. 90-116; VILCHES, Jorge, “Estudio Preliminar”, Antonio Cánovas del Castillo. La revolución liberal española. Antología política (1854-1876), Salamanca, Almar, 2001, pp. 11-129; YLLAN CALDERÓN, Esperanza, Cánovas del Castillo. Entre la Historia y la Política, Madrid, xx, 1985.

César Rina Simón